

Teatro de autor en Catalunya

MARCOS
ORDÓÑEZ

Los dos autores dramáticos catalanes más reconocidos dentro y fuera de Cataluña, Josep María Benet i Jornet y Sergi Belbel, han enmudecido durante la última temporada. Benet no ha estrenado "Testament", su más reciente comedia, porque los primeros actores que requería estaban comprometidos en otras producciones. El enorme éxito popular de las series de TV-3, el canal autonómico catalán, ("Poble Nou", "Secrets de familia", "Estado d'enllag") ha provocado un considerabilísimo incremento de la demanda actoral, que ya está teniendo como resultado la implantación de un pequeño "star-system" local con todas sus ventajas (el público acude masivamente al teatro para ver a sus actores favoritos) y, lógicamente, con sus previsibles inconvenientes: muchas veces el reclamo del actor prima sobre la obra (aquellos que iban a ver "a Pep Cruz" en vez de a Ótelo, o a Ferrán Rañé "haciendo de" Falstaff) y otras tantas sucede que los cómicos más populares no quieren arriesgarse a desvirtuar su imagen con textos

TEATRO

"difíciles" o personajes "incómodos", como un poco me temo que ha sucedido con "Testament", que, curiosa paradoja, se estrenará antes en Madrid y en castellano (en el María Guerrero, dirigida por Gerardo Vera) que en Barcelona y en su lengua original. En cuanto a Belbel, que con "Després de la pluja" (94), su más reciente trabajo, puso en pie una pequeña compañía y se ocupó personalmente de gestionar la producción, estrenando en el "off" de Sant Cugat en lugar de hacerlo, como de costumbre, bajo el paraguas del Centre Dramàtic de la Generalitat, parece que ha echado un poco el freno, y

«El enorme éxito popular de las series de TV-3, el canal autonómico catalán, ("Poble Nou", "Secrets de familia", "Estado d'enllag") ha provocado un considerabilísimo incremento de la demanda actoral, que ya está teniendo como resultado la implantación de un pequeño "star-system" local.»

sus quehaceres como director ("El mercader de Venecia", "L'hospitalera") y como guionista televisivo ("Secrets de familia") le han apartado durante la pasada temporada de su faceta de dramaturgo, a la espera de, según sus palabras, "tiempo y condiciones propicias" para estrenar "Abans de morir", su nueva comedia, mientras las anteriores ("Elsa Schneider", "Tálem", "Carícies", "Després de la pluja") continúan representándose por media Europa... y masivamente en Sudamérica: en Buenos Aires coincidieron en cartel tres piezas de este joven autor, un caso insólito en el teatro español contemporáneo.

Otro fenómeno reciente de la escena catalana, como es la aflo-ración y/o afianzamiento de las salas de pequeño formato, ha permitido que los jóvenes (y no tan jóvenes) autores puedan estrenar con cierta regularidad, si bien su cotización como tales sigue siendo guadianesca, lo que hace que para seguir su obra a menudo se requiera una brújula. Lluïsa Cunillé, por ejemplo. La autora joven más aclamada después de Belbel, con seis obras estrenadas y una treintena larga en el cajón, igual presenta sus trabajos bajo marchamo institucional ("Rodeo" en el Mercat, "La festa" en el Romea), con todo lo que ello conlleva (relativa publicidad, mejores condiciones de producción, mayor permanencia en cartel), que pasa al "off" más "off": tras "Libración", su mejor pieza hasta hoy, que merecidamente se llevó el Premio de la Crítica, hubo que

estrenar la pasada primavera "Terra, Agua, Foc, Aire" en Terrassa, una localidad de las afueras de Barcelona, y durante tan sólo cuatro días. A veces, claro está, sucede justo lo contrario, y un autor como Narcís Comadira, de la generación de Benet, más conocido como poeta y pintor, se lanza como dramaturgo en un pequeña sala ("La vida perdurable", Teatre Malic, 92) y la acogida le hace saltar a los "grandes circuitos". Así ha sucedido este año, en el que Comadira ha estrenado en el Romea "L'hora deis adéus", una comedia de filiación inequívocamente bernhardiana en la que amplía su radio de acción: Intento de radiografía sardónica de la burguesía intelectual catalana resistencialista, "L'hora deis adéus" es una "cena de acusados" "a la Priestley" guiada por el primogénito de la saga, un bastardo esquizofrénico y mestizo, hermano del "pequeño Witt-genstein" de "Ritter, Dene, Voss" y, sobre todo, del terrible Víctor de la comedia de Vitrac. Esta nueva entrega de Comadira, dirigida por Joan Ollé, revalida su considerable habilidad para el diálogo y transpira una saludable furia adolescente, sorprendente en un autor de su quinta, pero quizás, y a diferencia de la concentración de "La vida perdurable", dispara sus balas en demasiadas direcciones y, la verdad sea dicha, contra blancos más muertos que vivos.

Otro autor de la "generación de los cincuenta" es el cada vez más

internacionalmente cotizado José

«Otro fenómeno reciente de la escena catalana, como es la afloración y/o afianzamiento de las salas de pequeño formato, ha permitido que los jóvenes(y no tan jóvenes) autores puedan estrenar con cierta regularidad.»



Sanchis Sinisterra, que trabaja por igual en su propia sala, la Beckett, pionera de las "alternativas" (donde a principios de verano estrenó "Marsal, Mar-sal") que en proyectos de considerable tonelaje, como el "Lope de Aguirre, traidor", que montó Gómez en el 92, o "El cerco de Leningrado", que ha recorrido media España en un montaje de Ornar Grasso protagonizado por Nuria Espert y María Asunción Valdés. A diferencia de "El cerco" (cuya puesta en escena, casi una perversión post-marxista de "Hay que deshacer la casa", no fue en absoluto del agrado de Sanchis), "Marsal, Marsal" sólo se ha visto, que yo sepa, en Barcelona y Sudamérica-ca. Con una muy superior economía

de medios y un humor más medido que el de la facilona "Perdida en los Apalaches", la comedia narra una especie de conspiración situacionista (con un imperativo "Desenchúfate" como lema) que parece creada por la mente delirante de un paranoico: un "Informe sobre ciegos" en clave irónica, en el que todas las piezas, incluso (o "sobre todo") las más disparatadas, acaban por encajar en el rompecabezas final. Lo mejor de la comedia es su constante invención de espacios a partir del vacío (que gracias a un notable trabajo de luz y sonido se convierte, sucesivamente, en la cornisa de un rascacielos, el ábside de una catedral, un parque zoológico, los lavabos de un cine, los pasillos del metro o una inmensa discoteca) y su personaje único, un cruce entre el Ditirambo de Gonzalo Suárez (siempre dispuesto a cumplir una misión, costara lo que costase, con españolismo empecinamiento) y el "Anacleto, agente secreto" del gran Vázquez; lo peor, una construcción dramática que, por su sucesión de escenas con idéntico tono, planteamiento y desenlace, llega a fatigar y provoca la sensación de que cuanto más se mueve la trama menos avanza. Quizás de eso se trataba: crear un vértigo inmóvil, un viaje a ninguna parte entre el cero y el infinito.

Hablemos ahora un poco de espacios y plataformas, de las oportunidades que se le ofrecen al autor joven para desarrollarse como

tal y dar a conocer su trabajo. El Romea, sede del Centro Dramático de la Generalitat catalana, concede unas bolsas de ayuda de las que se han beneficiado por igual Benet i Jornet ("Desig"), Comadira ("L' hora deis adéus") o Belbel ("Tálem") que autores debutantes, como Francesc ("Infimitats") Pereira; la sala Beckett ha abierto sus puertas a alumnos de Sanchis (Lluís Cunillé y Josep Pere Peyró, del que luego hablaremos, son "sus" descubrimientos más interesantes y con mejor futuro) y el Festival de Teatro de Sitges, dirigido por Joan Ollé, organiza cada año una muestra de nuevos autores, de la que ha surgido la mayor revelación (y el mayor éxito de público y crítica) de la temporada: "Krampack", de Jordi Sánchez.

Excelente actor de comedia, Sánchez escribió su primera obra, "Mareig", una jarana de fin de curso en la que brillaban grandes momentos de humor, por encargo de sus compañeros de curso en el Institut del Tea-tre, necesitados de material para sus improvisaciones. "Mareig" entró en los circuitos comerciales y su frescura la convirtió en un pequeño "sleeper" de la temporada 92. Dos años después, y a requerimiento de Ollé, Sánchez compuso "Krampack" en un tiempo récord, consiguiendo, a mi juicio, la mejor comedia escrita en Cataluña (casi iba a escribir "en España") en mucho tiempo. Engañosamente encuadrada en un subgénero previsible (la comedia de adolescentes gobernados por el sexo, el la línea de "The Knack"), "Krampack" comienza como una farse negra,

establece luego un juego casi marivaudiano sobre la confusión de

TEATRO

sentimientos (poquísimas veces el tema homosexual se ha presentado así en nuestro teatro, con una radical ausencia de trazo grueso/moralina/grandilocuencia) y acaba, sorpresa definitiva, como un relato de vampiros inquietantemente doméstico, con unos diálogos tea-tralísticos, chispeantes, ceñidos y con mucho más calado del que aparentan. La comedia, dirigida por Josep M. Mestres, fue el gran "hit" de Sitges 94 y tardó casi un año en llegar a Barcelona (cocinada en equipo, el cuarteto actoral —en el que se encuentra el

«Hablemos ahora un poco de espacios y plataformas, de las oportunidades que se ofrecen al autor joven para desarrollarse como tal y dar a conocer su trabajo. El Romea, sede del Centro Dramático de la Generalitat catalana, concede unas bolsas de ayuda de las que se han beneficiado por igual Benet i Jornet ("Desig"), Comadira ("L' hora deis adéus") o Belbel ("Tálem") que autores debutantes, como Francesc ("Infimitats") Pereira.»

propio Sánchez— prefirió esperar a cumplir sus compromisos para presentarla tal como se vio en Sitges, sin sustituciones) pero cuando lo hizo, la pasada primavera, se convirtió, como era de esperar, en uno de los triunfos del año. Está próximo el rodaje de una adaptación de Fernando Colomo, cuyo "Alegre ma non troppo" mantiene no pocas similitudes de tono con "Krampack".

Algo más mayor que Sánchez, el treintañero Josep Pere Peyró es, como él, autor y actor de sus propias obras, actividades a las que suma su faceta de director. Si Sánchez parece haber bebido en las fuentes de la comedia clásica de Hollywood y en las "sit-com" televisivas, el mallorquín Peyró es un hijo de Pinter y Mamet cuyo humor recuerda muchísimo al de Jules Pfeiffer, con sus personales cómicamente hiperneurotizados, patéticamente obsesivos, dando vueltas y vueltas en torno a sus problemas como perros que se muerden la cola. "Una puja irlandesa", su última comedia, también estrenada en Sitges, cierra la que podíamos llamar "Trilogía del Desentendimiento", completada por "La trobada" y "Quan els paisatges de Cartier-Bres-son". Constante de la Trilogía: los hombres, perdiéndose en laberintos ridículos y grandes palabras; las mujeres en otra parte: más arriba o al otro lado del espejo, pero siempre lejos. "Una puja irlandesa" no sólo es la más desolada de las tres sino que también la que, pese a su

brevedad (40 minutos), juega con más registros (el humor, el dolor el abismo), y la más arriesgada estructuralmente. Ambientada en un mismo bar durante los sucesivos desencuentros de una pareja, el "discurso" del Hombre, terroríficamente dueño de la palabra, crece y se enmaraña como una planta trepadora (y venenosa), mientras que el de la Mujer es un solo monólogo que se repite cuatro veces, obsesivamente, pero a cada nueva repetición la herida se hace más honda, y percibimos nuevos perfiles de su dolor, de su lejanía.

El teatro de Josep Pere Peyró es igualmente sugestivo por, como diría Marx, sus "condiciones de producción", que revelan la voluntad de una generación dispuesta a hacer teatro donde sea y como sea, asumiendo riesgos pero también desdramatizando sus carencias. La noche antes del estreno de "Quan els paisatges...", Peyró repintaba el decorado mientras su mujer se encargaba de la proyección de los fondos; "La trobada" se representó en "escenario real", una playa de madrugada; "La pare-lla es...", una de sus primeras comedias, que no requería más que cuatro actores y otros tantos taburetes, "giró" por diversos bares nocturnos ante la dificultad de encontrar salas. Y por esos mismos bares ha estado actuando a lo largo de esta temporada el propio Peyró, lanzado a monologar, micrófono en mano, siguiendo el ejemplo de Spalding Gray o Eric Bogoslan, para probar textos y tentar su respuesta ante

uno de los públicos más duros que existen.

«El teatro de Josep Pere Peyró es igualmente sugestivo por, como diría Marx, sus "condiciones de producción", que revelan la voluntad de una generación dispuesta a hacer teatro donde sea y como sea, asumiendo riesgos pero también desdramatizando sus carencias.»



Josep Pere Peyró es, hoy por hoy, un autor "de culto", carne de "off" pero con un público creciente, como los inclasificables Esteve y Ponce, cuyo teatro (teatro "de autor": ellos y sólo ellos escriben sus textos) hace pensar en Beckett pasado por Mortadelo y Filemón: la misma sensación de ver a dos naufragos asiéndose a una balsa hecha de jirones de lenguaje, de frases hechas; hablando por no callar, para no ser definitivamente triturados por la misma maquinaria que amenaza al Marsal de Sanchis Sinisterra. Hijos de Mortadelo y Filemón, pero también nietos de Tono y Jardiel, y

hermanos de sangre de la gloriosa escuela de nuestros grandes secundarios: el "nonsense" casual de Gerardo Esteve recuerda a la "manera" de Luis Ciges, mientras que Rafael Ponce parece haber comido muchos garbanzos con Agustín González: el mismo perpetuo cabreo, siempre al borde del estallido irracional. Tanto en "La verdad está en inglés", su anterior espectáculo (Premio de la crítica barcelonesa a la Revelación de la temporada 92-93) como en su más reciente entrega, "Los pájaros fontaneros", (ambas protagonizadas por esos dos personajes sin nombre ni norte, "perdidos en las lagunas cerebrales") sus textos hacen gala de una muy imaginativa dislocación verbal y de un humor tan inteligente como poético, que mucho me temo, pese a su evidente originalidad (o quizás precisamente por ella, a contracorriente en una época en la que todo parece requerir precisos manuales de instrucciones) que va a tardar un tiempo en hacerse con un público amplio.

Una similar sofisticación (más estructural que textual) parece haber sido, de cara a la acogida popular, el principal problema de Caries Alberola, el primo hermano valenciano de Jordi Sánchez: actor y autor como él, y también director, como Peyró o Belbel, Alberola encontró a "su" público barcelonés en el SAT, un teatro del "off", situado en el casi periférico barrio de Sant Andreu, con "O tu o res" (92),

primer fruto de su colaboración con el novelista Ferran Torrent. Pese al éxito obtenido, "Haul" (93), su siguiente comedia, concebida por Alberola en solitario, en la que los personajes de una telenovela de aventuras y una pareja de "top-models" de valla publicitaria irrumpían en la rutinaria existencia de un matrimonio, pasó casi de puntillas por una pequeña sala, La Cuina del Institut del Teatre, y la tercera, "Nit i Dia" (95), de nuevo con Torrent, un tanto perdida en la avalancha de estrenos del Festival de verano del Gree, no repitió en Barcelona su formidable acogida valenciana. "Nit i Dia" es una verdadera rareza para los tiempos que corren: un juguete pirandelliano a caballo entre los rompecabezas de Tom Stoppard y el "City of Angels" de Larry Gelbart, donde los fantasmas de un guionista también adquirirían vida propia y paralela. Relato de las aventuras oníricas de-creador-en-crisis-de-madurez, la comedia se centra en los enfrenta-mientos entre los "yos" pasado, presente y futuro del protagonista, intersectados por las escenas de sus guiones (que duplican, mejoran o niegan su "verdadera vida") y por los recientes encaramientos entre los personajes "reales" y sus dobles de ficción. Pese a que "Nit i Dia" roza el virtuosismo y parece deslizarse sobre su fondo sonoro (las canciones de Colé Porter), pese al notable trabajo de la compañía L'Horta Teatre, con Alberola como protagonista y director, no obtuvo, como digo, el éxito esperado, y quizás por

TEATRO

ello ha vuelto con un trabajo menos complicado y menos costoso, "Curriculum", presentada en la última Fira de Tàrraga, y a punto de estrenarse en Barcelona. Presentada como "una adaptación de la novela 'Un cor famolencoc'" del apócrifo Enric Balaguer, es la historia de una sombra y las "notas a pie de página" (o el vaciado) de una representación que no llega a realizarse: Alberola se presenta en escena con un pie escayolado, anuncia que esa noche no podrá interpretar "Curriculum" como estaba previsto, y se lanza a "contarnos" el

trasfondo de la comedia y a evocar su amistad con el autor del libro, convirtiéndose en un narrador antiheroico y fascinado por el halo mítico de Balaguer, un personaje mitad Gatsby de la Albufera mitad, para decirlo con Albert Pía, "el hombre que nos roba las novias". En sus mejores momentos, "Curriculum" recuerda al Salinger de "Seymour: Una introducción", con su habilidad para el detalle certero y la elegía vitalista, pero en otros da una excesiva primacía a lo anecdótico. A esa mahonesa le falta una última mano que eleve la anécdota a categoría, aunque el talento de Alberola y su capacidad para llenar el escenario hacen que el globo de la evocación no llegue nunca a pincharse.

« Alberola encontró a "su" público barcelonés en el SAT, un teatro del "off", situado en el casi periférico barrio de Sant Andreu, con "O tu o res". »

